

**LAS ARDILLAS DE CENTRAL PARK
ESTÁN TRISTES LOS LUNES**

Enviar Imprimir

Katherine Pancol**ISBN: 9788499700854**

Hortense sujetó la botella de champaña por el cuello y la volcó dentro de la cubitera. La botella estaba llena e hizo un ruido extraño.

El golpe del cristal contra la pared metálica, el crepitar de los cubitos de hielo triturados, y después un borboteo, seguido de un petardeo de burbujas que estallaron en la superficie formando una espuma traslúcida.

El camarero, vestido con chaqueta blanca y pajarita negra, arqueó una ceja.

—¡Este champaña es un asco! —gruñó Hortense en francés, mientras daba un golpecito al culo de la botella—. Cuando alguien no puede permitirse una buena marca, no debería servir otra que revuelva las tripas...

Cogió una segunda botella y repitió su acto de sabotaje.

El rostro del camarero enrojeció. Miraba estupefacto cómo la botella se vaciaba lentamente y parecía preguntarse si debía dar la voz de alarma. Lanzó una mirada circular, buscando un testigo del vandalismo de esa chica, que derramaba botellas mientras profería insultos. Estaba sudando, y las gotas resaltaban el rosario de forúnculos que adornaba su frente.

Otro paleta inglés de los que babea delante de cualquier zumo de uva que tenga gas, se dijo Hortense mientras se alisaba un mechón rebelde que se recogió detrás de la oreja. Él no dejaba de mirarla, dispuesto a agarrarla por la cintura si seguía con lo que estaba haciendo.

—¿Es que tengo monos en la cara?

Esa noche tenía ganas de hablar francés. Esa noche tenía ganas de poner bombas. Esa noche necesitaba despellejar a algún inocente, y ese camarero tenía todas las papeletas para que le diesen el papel de víctima. Hay gente así, a la que dan ganas de pinchar hasta hacerle sangre, de humillarla, de torturarla. Había nacido en el lugar equivocado. Le habían tocado malas cartas.

—¡Anda que no eres feo! ¡Me haces daño a la vista, con esas bombillas rojas plantadas en la frente!

El camarero tragó saliva, se aclaró la garganta y soltó:

—¿Eres siempre así de rastrera o estás haciendo un esfuerzo especial para mí?

—¿Eres francés?

—De Montélimar.

—El nougat es malo para los dientes... y para la piel. Deberías dejarlo, te van a explotar las pústulas...

—¡Oye, gilipollas! ¿Qué te has tragado hoy para estar tan asquerosa?

Una humillación. Me he tragado una humillación y todavía no me lo creo. Se ha atrevido a hacerlo. Delante de mis narices, como si yo fuera transparente. Me dijo..., ¿qué fue lo que me dijo?... y me lo creí. Me levanté las faldas y salí a correr los cien metros en menos de ocho segundos. Soy tan gilipollas como este tío rosáceo, lleno de granos y con cara de nougat.

—Porque, normalmente, cuando la gente es agresiva es porque no es feliz...

—Vale ya, Padre Pío, quítate la sotana y sírvenme una Coca-Cola...

—¡Espero que el que te ha puesto en ese estado te siga haciendo sufrir mucho tiempo!

—¡Vaya, un psicólogo experto! ¿Eres tirando a lacaniano o a freudiano? ¡Cuéntamelo, anda, que tu conversación por fin se está volviendo apasionante!

Cogió el vaso que el camarero le tendía, lo levantó hacia él para brindar y se alejó cabeceando entre la multitud de invitados.

¡Vaya suerte que tengo! ¡Un francés! Repugnante y sudoroso. Vestimenta obligatoria: pantalón negro, camisa blanca, sin joyas y el pelo peinado hacia atrás. Gana cinco libras por hora y le tratan como a un perro sarnoso. Un estudiante en busca de algún dinero extra, o un pelagatos huyendo de las treinta y cinco horas semanales para ganar un montón de pasta. Puedo elegir. El único problema es que no me interesa. Para nada. ¡No invertiría trescientos euros en un par de zapatos por él! ¡Ni siquiera me compraría los cordones!

Estuvo a punto de tropezar, no perdió el equilibrio por los pelos, se miró la suela del zapato, y constató que un chicle rosa coronaba la punta del tacón de baquelita malva de su manoletina roja de piel de cocodrilo.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó—. ¡Mis Dior recién estrenadas!

Había ayunado cinco días para comprárselas. Y le había diseñado una decena de ojales a su compañera Laura. Vale, ya lo he pillado, ésta no es mi noche. Me voy a ir a la cama antes de que las palabras «reina de las bobas» queden impresas en mi frente. ¿Qué fue lo que me dijo? ¿Vas a ir a casa de Sybil Garson este sábado? Va a ser una fiesta alucinante. Podríamos quedar allí. Ella había aparentado indiferencia, pero había tomado nota de la fecha y de su expresión. Quedar significaba volver juntos, del brazo. Valía la pena pensárselo. Había estado a punto de contestar ¿vas solo o con la Peste? Pero se había contenido a tiempo —lo más importante era no admitir la existencia de Charlotte Bradsbury, ignorarla, ignorarla— y había empezado a tramar la forma de hacer que la invitaran. Sybil Garson, icono de la prensa del corazón, inglesa de alta cuna, elegante por naturaleza, arrogante por naturaleza, que no invitaba a su casa a ninguna criatura extranjera —y menos aún francesa— a no ser que se llamase Charlotte Gainsbourg, Juliette Binoche o llevase colgado del brazo al fabuloso Johnny Depp. Yo, Hortense Cortès, plebeya, desconocida, pobre y francesa, no tengo la más mínima oportunidad. A no ser que me enfunde el delantal blanco de hacer horas extras y me ponga a repartir salchichas. ¡Antes muerta!

Él había dicho: nos vemos allí. Y ese «nos» significaba él y yo, él y yo; yo, Hortense Cortès, y él, Gary Ward. Ese «nos» dejaba claro que Miss Bradsbury había pasado de moda. Miss Charlotte Bradsbury había sido despedida o se había largado. ¡Lo que fuera!

Una cosa parecía clara: la vía estaba libre. Era su turno. El de Hortense Cortès, las veladas londinenses, las discotecas y los museos, la recepción de la Tate Modern, la mesa cerca de la ventana del restaurante del Design Museum con vistas sobre la Torre de Londres, los fines de semana en suntuosas mansiones, los lebreles de la reina lamiéndole los dedos en el castillo de Windsor y los *scones* de pasas acompañados de confitura, té y *clotted cream*, que mordisquearía cerca de la chimenea bajo un Turner algo pasado de moda, y levantando delicadamente la taza de té... ¡Y los *scones* ingleses no se comen de cualquier forma! Hay que cortarlos por la mitad a lo ancho, untarlos de crema y sostenerlos con el pulgar y el índice. Si no, según Laura, te cuelgan la etiqueta de paleta.

Me meto en casa de Sybil Garson, aleteo las pestañas, agarro a Gary y le quito el sitio a Charlotte Bradsbury. Me convierto en una mujer importante, gloriosa, internacional, a la que se habla con respeto, a la que le ofrecen tarjetas en papel Bristol grabadas, a la que visten de la cabeza a los pies, mientras yo rechazo a los paparazzi y elijo a la que será mi próxima mejor amiga. Dejo de ser una francesa que se desvive por hacerse un nombre, tomo un atajo y me convierto en Arrogante Inglesa. Hace demasiado tiempo que me pudro en el anonimato. Ya no aguanto que me consideren como la mitad de un ser humano, que se sequen las manos en mis senos o que me confundan con un tabique de plexiglás. Quiero respeto, consideración, notoriedad, poder, poder. Y poder.

Pero antes de convertirme en Arrogante Inglesa, tengo que encontrar el modo de colarme en esa velada privada, reservada a los *happy few* que reinan en la prensa basura de los tabloides ingleses. No lo tienes fácil, Hortense Cortès, no lo tienes fácil. ¿Y si sedujera a Pete Doherty? Tampoco lo tienes fácil... Mejor intentaré entrar de extranjs en casa de Sybil Garson.

Lo había conseguido.

Se había puesto detrás de dos ingleses que hablaban de cine mientras se frotaban las narices, frente al número 3 de Belgravia Square. Se había colocado tras ellos, aparentando seguir la conversación, había conseguido introducirse en el vasto apartamento de techos tan altos como los de la catedral de Canterbury, y se había seguido tragando el diálogo de Steven y Nick sobre *Bright Star* de Jane Campion. Habían visto esa película en el preestreno del London Film Festival y se vanagloriaban de pertenecer al selecto grupo que podía hablar de él. *To belong or not to belong* parecía ser la divisa de todo inglés distinguido. Había que «pertenecer» a uno o varios clubes, a una familia, a un colegio, a un contexto familiar, a un buen barrio de Londres, o no ser nada.

Steven estudiaba cine, hablaba de Truffaut y de Kusturica. Llevaba unos vaqueros negros ajustados, unas botas viejas de vinilo, un chaleco negro con lunares blancos sobre una camiseta blanca de manga larga. Su pelo largo y grasiento se movía cada vez que afirmaba algo con contundencia. Su interlocutor, Nick, limpio y sonrosado, encarnaba una versión bucólica y joven de Mick Jagger. Asentía con la cabeza mientras se rascaba el mentón. Debía de suponer que eso le hacía fantásticamente adulto.

Les había abandonado tras dejar los abrigos en una enorme habitación que hacía las veces de guardarropa. Había dejado el suyo sobre una gran cama cubierta de pieles sintéticas, parkas color caqui e impermeables negros, se había arreglado el pelo ante el espejo de tremó de la chimenea y había murmurado *estás perfecta, querida, absolutamente perfecta*. Va a caer en tus redes como un pececito de colores. Sus manoleínas Dior y el vestidito negro Alaïa comprado en una *vintage shop* de Brick Lane la transformaban en una bomba sexual con el seguro puesto. Bomba sexual si quiero, el seguro puesto si así lo decido, susurró al espejo enviándose un beso. Todavía no he decidido si acabo inmediatamente con él o le liquido lentamente... Ya veremos.

Fue visto y no visto. Al salir de la habitación de los abrigos, vio a Gary en brazos de la Bradsburry; ella reía a carcajadas mientras levantaba su cuello de marfil, colocando delicadamente la mano sobre sus labios pálidos para ahogar ese ruido tan vulgar de la súbita alegría. Gary la estrechaba contra sí, con un brazo alrededor de su talle fino. Finísimo. Su cabeza morena apoyada en la cabeza de la Peste... Hortense creyó que iba a morir allí mismo.

Estuvo a punto de volver a la habitación, insultar al espejo, coger el abrigo y marcharse.

Y después pensó en lo que le había costado entrar subrepticamente, apretó los dientes y se dirigió hasta el bufé, donde volcó su rabia contra el champaña barato y el camarero con granos brillantes.

Y ahora, se dijo, ¿qué hago? ¿Cazar al primer hombre disponible y pavonearse en sus brazos? Demasiado trillado. Estrategia de perdedora, patética, lamentable. Gary comprenderá, si me ve así, que me ha «tocado» y me responderá, con una sonrisa cruel, «hundida». Y me hundiré.

¡No, no! Exhibir el aspecto satisfecho de la soltera que no encuentra un chico de su categoría por lo mucho que vale... Apretaré los labios con una sonrisa de desdén, fingiré sorpresa si me cruzo con la pareja maldita e intentaré localizar a un pardillo o dos, con los que simularé conversar antes de volver a casa... en metro.

© La Esfera de los Libros, S.L. Avenida de Alfonso XIII 1, bajos. 28002 Madrid
Teléfono: 912 960 200. Fax: 912 960 206. e-mail: laesfera@esferalibros.com

Páginas optimizadas para Internet Explorer 5, Netscape 4 con resolución de 800x600 y 1024x780